

La historia y los historiadores en el siglo XXI*

History and historians in the XXI century

Pedro Pérez Herrero

*Instituto Universitario de Investigación en Estudios Latinoamericanos
Universidad de Alcalá*

ORCID ID 0000-0003-0719-404X

pedro.perezherrero@uah.es

Rodrigo Escribano Roca

*Departamento de Historia y Ciencias Sociales
Universidad Adolfo Ibáñez*

ORCID ID 0000-0002-6405-7191

rodrigo.escribano@uai.cl

Cita recomendada:

Pérez Herrero, P. y Escribano Roca, R. (2021). La historia y los historiadores en el siglo XXI. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 21, pp. 153-172.

doi: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2021.6343>

Recibido / received: 05/04/2021
Aceptado / accepted: 27/07/2021

Resumen

Este texto tiene como misión explicar por qué la Historia ha ido dejando de tener en las tres últimas décadas la presencia pública y el poder persuasivo que tuvo durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX. Se propone en las conclusiones que la Historia debe mostrar relatos plurales que ayuden a generar una mejor conexión intercultural en el mundo global en el que vivimos y a superar los relatos nacionalistas excluyentes.

Palabras clave

Historia, modernidad, pluralidad, historiadores, siglo XXI, globalización, interculturalidad

Abstract

The mission of this text is to explain why History has ceased to have in the last three decades the public presence and persuasive power that it had during the 19th century and the first half of the 20th century. We propose that History should articulate plural stories in order to generate a better intercultural connection in the global world in which we live and to overcome exclusive nationalist stories.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del "Programa Interuniversitario en Cultura de la Legalidad (ON TRUST-CM)" "H2019/HUM-5699, financiado por la Comunidad de Madrid y el Fondo Social Europeo".

Keywords

History, modernity, plurality, historians, XXIst century, globalization, interculturality

SUMARIO. 1. Introducción. 2. La función de los historiadores durante el largo siglo XIX. 3. La historia académica científica de mediados del siglo XX. 4. Postmodernidad, crisis de la década de 1980, políticas de recortes de la década de 1990 y crisis de 2008. 5. Reflexiones finales.

1. Introducción

Este texto tiene como misión explicar por qué la Historia ha ido dejando de tener en las tres últimas décadas la presencia pública y el poder persuasivo que tuvo durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX.

Tras describir cómo ha ido evolucionando la actividad de los historiadores desde comienzos del siglo XIX hasta la actualidad, y mostrar que una gran mayoría de ellos se han desconectado de sus compromisos sociopolíticos al encerrarse en sus despachos a modo de torres de marfil, escribir sus textos utilizando metalenguajes para aparentar ser científicos, hablar para un público reducido selecto (estudiantes o compañeros de profesión) y publicar sus textos a ser posible en inglés en revistas especializadas consideradas de excelencia (denominadas erróneamente de «alto impacto»), se formula la pregunta de si se puede interpretar que se ha cometido un acto de corrupción al haber traicionado los principios éticos profesionales con los que nació la profesión cuando se conformó el Estado-Nación. No se pone en cuestión que los historiadores del siglo XXI desarrollen su labor de forma profesional utilizando el método científico de forma impecable. Se plantea únicamente si es posible interpretar que, al haber triunfado un modelo de historiador exitoso asociado a las lógicas de metrificación neoliberal, que relega su función como pensador público a un segundo plano, no se ha incurrido en un proceso que podríamos denominar de privatización de los fines de la historiografía profesional.

A este respecto, el escrito que aquí se abre se engarza con campos de autorreflexión disciplinar tan desarrollados como los estudios críticos en torno al rol social de la universidad y la historia de la historiografía (Busch, 2017; Collini, 2017; Schneider and Woolf, 2011), pero lo hace desde un tono ensayístico, divulgativo y autobiográfico, apelando al valor de la experiencia personal. Dicha fórmula expresiva ya ha sido sobradamente explorada en revistas académicas y editoriales de prestigio (e.g. Rosenstone, 2010, pp. 55-58, 2016; Elliott, 2014), y puede ofrecer un complemento analítico valioso a los estudios de caso y a las narraciones autorizadas del desarrollo institucional y científico de la disciplina.

2. La función de los historiadores durante el largo siglo XIX

La Historia, entendida como conocimiento científico y normativo del pasado, nació a comienzos del siglo XIX con la finalidad de imaginar una Nación para legitimar los Estados liberales que estaban naciendo. Los historiadores escribieron un relato del pasado para explicar que se había llegado a la Modernidad como resultado de una larga y tortuosa evolución. Usando de los modelos heredados de la historiografía de

la Ilustración, se explicaba que se había pasado del atraso a los adelantos, de la pobreza a la riqueza, de la Antigüedad a la Modernidad como resultado de un proceso de maduración (Bowden, 2017, pp. 7-25). La Historia se construyó en función de un proyecto de futuro (la modernidad y el progreso). Se explicaba el pasado desde el presente y a partir de una perspectiva futurista: se concebía el tiempo como un decurso lineal y abierto, en el cual el pasado dejaba de constante paso a un porvenir necesariamente superior en términos científicos, morales y sociopolíticos (Hartog, 2015, pp. 98-103).

Asimismo, la labor de los historiadores a comienzos del siglo XIX tuvo la misión de generar una conciencia nacional para impulsar el sentimiento de pertenencia a un pueblo. Se necesitaba crear una ciudadanía. Había que convertir las sociedades plurales estamentales de Antiguo Régimen en una sociedad con valores compartidos. Todos los ciudadanos tenían que ser iguales ante la ley y cada voto valía lo mismo cuando se depositaba en las urnas. La Constitución igualaba a todos al establecer un único marco jurídico que debía ser obedecido. Los vecinos aprendieron estas historias nacionales en las escuelas, los institutos y las universidades y se fueron convirtiendo lentamente en ciudadanos de la Nación. Había que demostrar que todos los individuos que vivían en el Estado recién creado tras una gloriosa revolución tenían un pasado común que les vinculaba (Breuilly, 2013).

El esquema explicativo de estas historias nacionales, sobre todo en sus versiones más democráticas, se montó partiendo de la idea del progreso de la humanidad y de la asunción de que su objeto no era narrar los éxitos de las monarquías o de las élites como en épocas precedentes, sino la evolución de las sociedades. Había que demostrar que no había un destino manifiesto prefigurado por ningún dios y que la historia no terminaba en un juicio final, sino que los pueblos eran libres para diseñar sus futuros y para elegir los caminos que querían recorrer. La sociedad en consecuencia era responsable de su destino. La libertad, la igualdad y la solidaridad defendidas en las revoluciones francesa, estadounidense e hispanas invitaron a los vasallos a independizarse de sus soberanos, postulándolos, según el modelo antropológico del liberalismo, como dueños de su destino y responsables últimos de sus actos (Siedentop, 2014).

Las historias nacionales contaron la historia en singular de una Nación, de una patria (reflejo de un sentimiento milenarista). Se mostraba la historia de cada país como una historia única. Cada historia se narraba con un sentimiento exclusivista. Era la forja de la patria en la que nacieron los héroes nacionales que aparecían retratados en cuadros, monumentos, salas de ayuntamientos, plazas, parlamentos, iglesias, museos, monedas, billetes de banco, medallas, etc. Eran figuras con valores patrióticos, o lugares de memoria colectiva considerados icónicos, que era necesario conservar para seguir alimentando los valores esenciales de la unidad nacional (un cañón, una trinchera, una playa, una bandera, una iglesia, un edificio, una calle, un automóvil, un documento, un retrato, una firma, un poema, etc.) (Mosse, 2019).

Para narrar las historias nacionales se utilizó un guion claro. La Nación cuyo pasado se hundía en la noche de los tiempos, tras haber recorrido un camino lleno de espinas y dolores, había llegado hasta la actualidad. Cuanto más atrás en el tiempo se conseguía identificar el origen de la Nación, mejor, pues ello representaba una mayor antigüedad, una mayoría de edad; y cuantas más penurias se mostraran en el viaje iniciático de la Nación, mejor, pues ello ayudaría a glorificar y valorar los éxitos alcanzados. Se inventó un mito fundacional, al que se le dotó de todo tipo de imágenes, y para dar mayor rigor dramático a la narración se subrayó que una nación oprimida o marginada había alcanzado la soberanía y la libertad por medio de una guerra sangrienta, despiadada, contra un poderoso opresor, superior militarmente,

que había sido derrotado gracias a la participación masiva de una población, entregada a la causa, que había tenido que luchar con palos y armas rudimentarias. Estas historias reprodujeron en muchas ocasiones pasajes de la Biblia, pues, al ser el texto sagrado por antonomasia para la cultura occidental atravesada por el cristianismo, dotaba al relato de una gran credibilidad (Yack, 2012, pp. 23-42). Para describir, por ejemplo, la lucha de la formación del Estado se acudía con regularidad al pasaje de la lucha de David contra Goliat (Samuel 17: 1-54). Era una historia plana de buenos y malos a modo de guion de la película más comercial. Todo un pueblo oprimido, compuesto por ciudadanos virtuosos, honrados, trabajadores, luchaba por la libertad contra las fuerzas del mal simbolizadas en un monarca ilegítimo o un sistema imperial opresor que impedía el desarrollo. Los caídos por la patria se convertían en héroes nacionales y sus imágenes se convertían en estatuas que eran mostrados en las plazas de las ciudades y en cuadros que se colgaban en los muros más emblemáticos de los edificios públicos (González Manso, 2015, pp. 12-30).

Los actores centrales que aparecían en la narración eran el Estado, la ciudadanía, el sistema político, el devenir económico y la cultura. Estas historias se detenían en enumerar los logros (avances en la ciencia, progreso material, cambios sociales, mejoras en convivencia, paz). Para demostrar que nada se había logrado de forma mágica y sin esfuerzo, y hacer más creíble el relato, se salpicaban las narraciones con recuerdos de tensiones, revoluciones, movimientos sociales, huelgas, dictaduras, y rebeliones. Los buenos ciudadanos virtuosos y trabajadores eran puestos como ejemplos y sus vidas se comparaban con la de los criminales, pecadores, vagos, delincuentes y alcohólicos que se alejaban del modelo a seguir (Andreu Miralles, 2020, pp. 5-15). La historia nacional mostraba los esfuerzos colectivos de la Nación por alcanzar un proyecto consensuado por todos y del que nadie se debía alejar. Cualquier disensión con el proyecto de futuro o con la interpretación del pasado relatado era considerada como una traición a la Patria. Los grupos étnicos no occidentales eran presentados como comunidades «primitivas», «bárbaros», que debían adaptarse a la nueva «civilización» para superar su atraso. Debían aculturizarse, modernizarse, cambiar sus costumbres, renunciar a sus culturas, convertirse en ciudadanos occidentales. Tenían que abrazar el progreso y renunciar a la barbarie (Beasley, 2010).

Estas historias nacionales, sobre todo en sus versiones románticas de principios del siglo XIX, fueron elaboradas en un contexto intelectual altamente masculinizado, se hicieron sin mucho rigor científico, permitiéndose incluso licencias narrativas para lograr que el relato fuera más potente. Batallas, guerras, matrimonios, tratados, nacimientos, revoluciones fueron exaltados mostrando el colorido y el sesgo que se necesitaba en cada momento. No se mentía, simplemente se seleccionaba un hecho histórico que tuvo lugar en un espacio y un tiempo precisos para utilizarlo como pieza argumental del relato. En la historiografía romántica, las historias no estaban acompañadas de notas a pie de página que demostraran que todo lo que se afirmaba tenía un respaldo documental conservado en un archivo o en un museo. Por lo general, las ediciones de estas historias generales estaban acompañadas de imágenes, grabados, mapas, y toda clase de acompañamiento gráfico, para facilitar la comprensión y potenciar la construcción de las imágenes patrióticas que se querían transmitir. Eran las historias que se manejaban en las escuelas y que se exhibían en las casas de las familias más pudientes como símbolo de cultura y compromiso con la patria. A menudo estas historias eran leídas en voz alta y comentadas en reuniones familiares, centros culturales, cafés, tertulias (Melman, 2006).

Por lo general, estas historias nacionales se apoyaron en dos modelos explicativos historiográficos considerados canónicos. Uno fue la revolución francesa de 1789 y la independencia de los Estados Unidos de 1776. El otro guion con el que

se trabajó en paralelo fue la revolución industrial inglesa. El primer modelo ayudaba a mostrar cómo una Nación existente, cansada de la opresión ejercida por soberanos crueles e ilegítimos, había decidido independizarse, modernizar sus estructuras, alcanzar la soberanía nacional, y alcanzar la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos, eliminando los privilegios y la corrupción (Den Boer, 2011, pp. 184-203). Era el relato de un pueblo adolescente contestatario que alcanzaba la mayoría de edad responsable e independiente, que peleaban a sangre y fuego por construir un futuro solidario. Era el paso del súbdito al ciudadano. El segundo modelo mostraba cómo se había transitado de economías atrasadas o mercantiles a economías capitalistas y de cómo se había pasado de los talleres artesanales a las fábricas (Rosen, 2019, pp. 257-294).

Los historiadores de los países occidentales considerados desarrollados (Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Alemania) escribieron sus historias imaginadas ofreciendo una cara bastante amable y simplificada de los procesos históricos. Señalaron los hechos que les interesaba subrayar y se olvidaron de los acontecimientos que no se requerían para los fines propuestos. Por su parte, los historiadores de los países considerados «en desarrollo» tuvieron que realizar un ejercicio más complicado para escribir sus historias imaginadas, ya que sus sociedades y economías no coincidían bien con las de los países desarrollados que se presentaban como el modelo a seguir y a imitar. Siguiendo el guion preestablecido, los historiadores de ambos grupos de países buscaron ideas revolucionarias en el pasado, así como personajes heroicos, para subrayar que la modernidad tenía unos antecedentes que había que venerar. (Berger, 2007; Berger and Lorenz, 2010).

El historiador debía transmitir la idea de que la historia de su país reflejaba el proceso de maduración de su sociedad hacia la modernidad, pero debía al mismo tiempo subrayar que esta era especial, única e irrepetible. El problema con el que se encontró el historiador de los países en vías de desarrollo una vez que había terminado su relato, fue que tenía que explicar por qué su país no había alcanzado los niveles de desarrollo político y económico que se esperaba, por qué el país descrito se había alejado del modelo de la modernidad y progreso, y por qué al final había acabado siendo una mala copia del modelo tomado como ejemplo. Normalmente, esta pregunta no se la hicieron de forma frontal los historiadores del siglo XIX, ya que su misión fue precisamente imaginarse una historia para el futuro deseado. Cuando de forma esporádica se planteó por qué se habían dado evoluciones distintas, se argumentaba que el desorden interno (caudillos, huelgas) había degenerado en dictaduras o revoluciones impidiendo o retrasando la consolidación de las democracias; que la falta de obreros cualificados había retrasado los niveles de productividad y competitividad necesarias en dichas economías; y que el intervencionismo de empresas extranjeras había acabado generando una dependencia externa que había impedido un desarrollo equilibrado. Las herencias coloniales se mostraban como llaves mágicas que explicaban casi todos los males. La corrupción, la pobreza, las desigualdades, las injusticias, la dependencia, el desorden, las dictaduras, la violencia, todo lo negativo, era herencia de los colonizadores. En resumen, se aplicaba un modelo historiográfico explicativo prestado y como el resultado no coincidía con lo esperado se buscaban «culpables» irónicamente en los enemigos del progreso que eran los países más desarrollados.

El historiador del siglo XIX realizó bien la labor que se le encomendó. Debía contar la historia de cómo había ido avanzado el progreso en su país y tenía que fijar en el imaginario colectivo que había un futuro claro al que llegar. El historiador del siglo XIX, teniendo claro el futuro que quería alcanzar, escribió la historia de un pasado. Su misión fue construir la imagen de un futuro con el que soñar (Appiah, 2019). Su perfil fue el de un «hombre de letras», cuya actividad se concebía como un

servicio cívico, y cuyo status científico y cuyos ingresos dependían del éxito de sus escritos en el mercado editorial y de la popularidad de sus discursos en foros que solían alternarse entre la universidad, la prensa, los clubes y asociaciones cívicas e incluso los parlamentos. El historiador, muchas veces íntimamente asociado a círculos partidistas o elitistas, tendió a presentarse un polígrafo capaz de manejar diversas modalidades de comunicación oral y escrita y un sujeto polifacético que combinaba su labor académica con actividades políticas, empresariales y, a veces, religiosas (Collini, 1993).

3. La Historia académica científica de mediados del siglo XX

A partir del tercer cuarto del siglo XIX, los avances de la ciencia y la extensión del positivismo mostraron que había que revisar las historias nacionales contadas para darles mayor credibilidad. Había que convertir la Historia en ciencia y para ello se incorporó el método científico. Todas las afirmaciones vertidas por los historiadores debían estar basadas en documentos que había que analizar críticamente (textual y contextualmente, comprobar que era verdadero). Todas las fuentes utilizadas debían citarse correctamente indicando su procedencia para que el lector pudiera comprobar que no era una invención del historiador. Cada afirmación y documento había que contrastarlo con otras fuentes para demostrar que lo que se estaba señalando no era algo excepcional o extraño, sino un hecho que demostraba una regularidad en el comportamiento histórico. Los historiadores tuvieron que aprender un oficio. Tenían la misión de «relatar la verdad, lo que pasó», según la clásica interpretación de Ranke (Liebersohn, 2002, pp. 130-149; Tucker, 2004, pp. 122-128). Tenían que aprender a seleccionar unas fuentes, demostrar su autenticidad, explicar que lo que sucedió fue resultado de unas reglas de causalidad, y, sobre todo, tenían que saber escribir, pues debían construir un relato que estaba destinado para ser leído. Fue así como comenzaron a aparecer las carreras de historia en las Facultades de Filosofía y Letras o Humanidades de las más importantes universidades.

El siguiente paso que se dio fue la profesionalización del historiador. Convertido en un científico, su misión fue construir historias con una potencia explicativa que nadie podía poner en entredicho. El método científico garantizaba la objetividad del relato. Se montaron ediciones muy cuidadas en cada país para mostrar «su verdadera historia»¹.

Una vez profesionalizado el oficio del historiador, se introdujo un elemento nuevo en el quehacer del oficio. El historiador (mayoritariamente varón) tenía que demostrar que había aprendido bien las habilidades transmitidas por sus maestros, pues tenía que competir con los compañeros con los que había compartido su formación para poder alcanzar una plaza de profesor en una universidad que le permitiera comer y formar una familia. La competencia se tradujo en la implantación de tribunales que debían evaluar a través de diferentes pruebas la calidad de la preparación de los candidatos. La primera turbulencia que se produjo de forma inmediata fue que las pruebas no siempre seleccionaron al mejor preparado, sino que salió elegido con más regularidad de la deseada el que tenía más contactos entre los miembros del tribunal, o el mejor vinculado con los grupos de poder del momento. A partir de entonces, el nuevo historiador profesional, con plaza fija en una universidad, se tuvo que enfrentar a la lucha por ascender en el escalafón del cuerpo docente e investigador para tratar de alcanzar mayor prestigio, reconocimiento, salario y, sobre todo, independencia. En una primera fase, un reducido número de profesionales

¹ Con la ayuda en unos casos de las academias de la historia o con financiamiento público se editaron joyas bibliográficas en cada país en varios volúmenes con profusión de imágenes, mapas, cuadros y fotos. Un modelo seguir fue la obra de Dalberg-Acton, et. al., 1902-1910.

universitarios de la historia se convirtieron en los profesores de un abultado número de estudiantes que llegaban a las aulas por considerar que los estudios universitarios eran un ascensor social y por entender que la Historia era una disciplina de prestigio.

A partir de mediados del siglo XX, y en especial tras el final de la Segunda Guerra Mundial, los historiadores comenzaron a trabajar sobre nuevos temas. Fue una época de optimismo en la que se siguió confiando en la modernidad. Tras los horrores de la guerra y los enfrentamientos generados por los nacionalismos, la democracia y el progreso se mostraron como la llave que permitiría construir un mundo de paz y de avances en el conocimiento. Fue el momento de mayor esplendor de la Historia y del oficio de los historiadores.

La escuela de los Annales creada por Marc Bloch y Lucien Febvre en Francia en 1929, en el período de entreguerras, había introducido una metodología de estudio depurada en el oficio de historiar, realizando importantes consideraciones teóricas, impulsado el uso de nuevas fuentes, y abriendo la puerta a la posibilidad de estudiar nuevos temas. Distinguió entre las dinámicas de corto, medio y largo plazo, se aplicaron enfoques interdisciplinarios, y se impulsaron estudios comparados. Se comenzaron a estudiar los problemas, en vez de hacer una mera descripción de los hechos; se profundizó en la comprensión de los problemas sociales y económicos; se inició el estudio de las mentalidades, de los enfoques micro, y de las miradas «desde abajo» para contrarrestar las tradicionales visiones de las élites. La Escuela de los Annales estableció puentes entre la Historia y el resto de las humanidades y las ciencias sociales (antropología, sociología, economía, demografía, geografía, lingüística, psicología, filosofía) logrando avanzar en la perspectiva interdisciplinar (Black and MacRaild, 2017, pp. 65-69). Pero, por lo general, esta corriente siguió estando marcada por las ideas de la modernidad y el progreso.

En esta línea, el trabajo de W.W. Rostow sobre las etapas del desarrollo económico, publicado a mediados del siglo XX (Rostow, 1960), subrayó que solo había un modelo económico y que todas las economías debían pasar por las mismas etapas hasta alcanzar la maduración. Esta interpretación volvió a poner de manifiesto las concepciones evolucionistas unilineales eurocéntricas (Gilman, 2007).

Acabada la Segunda Guerra Mundial las universidades se transformaron. La década de 1950 fue un momento de reconstrucción y durante la década de 1960 se revisaron en profundidad muchos de los principios teóricos sobre los que se habían basado las Ciencias sociales y las Humanidades. Un profundo espíritu crítico recorrió el mundo occidental, estableciéndose nuevas bases del pensamiento. El crecimiento económico y demográfico y el aumento de los niveles de vida trajeron consigo que miles de estudiantes se incorporaran a las aulas de las universidades y comenzaran a reclamar el estudio de nuevos temas para dar visibilidad a los grupos humanos que habían quedado olvidados en los relatos historiográficos anteriores. Las universidades públicas fueron dotadas de fondos públicos por entender que representaban un importante instrumento para impulsar la modernidad. Había profesores, recursos y estudiantes ávidos de aprender. Las matrículas que tenían que pagar los estudiantes por acudir a las clases eran reducidas en las universidades públicas.

Como resultado de todo ello, aparecieron nuevas metodologías de estudios y comenzaron a utilizarse fuentes alternativas. Las mujeres, el medioambiente, las minorías étnicas, los jóvenes, los migrantes, los colectivos LGTBI, los trabajadores marginados, los sintecho, las mentalidades, y un largo etcétera comenzaron a recibir atención por los historiadores. Las revistas especializadas empezaron a incluir estos nuevos temas y se escribieron tesis doctorales partiendo de estos nuevos enfoques.

La Historia no podía seguir siendo la narración política del pasado contado por hombres en la que solo aparecían las élites masculinas (Rogge, 2011). A su vez, las transiciones políticas que se realizaron en muchos países, al pasar de regímenes militares autoritarios a democracias, trajeron consigo la revisión de las historias olvidadas o negadas de los vencidos. Las memorias colectivas, ayudadas por los nuevos medios de comunicación, se incorporaron como nuevas voces del pasado. Las historias que narraban los pasados desde opciones ideologizadas para justificar unas interpretaciones específicas (historias marxistas, liberales, capitalistas, racistas, supremacistas, o basadas en la narración de las grandes personalidades como únicos sujetos de la Historia siguiendo la tradición de Carlyle) fueron sometidas a profundos análisis críticos. La Historia se pluralizó, se complejizó. Aparecieron nuevas caras, voces, colores, opiniones, sentimientos, visiones. Se extendió la historia oral, documental, fílmica, cultural, social. Los relatos biográficos y de la memoria brotaron por doquier. Todos los grupos y actores sociales, económicos, políticos, religiosos, culturales reclamaban aparecer en la Historia con su voz propia. La Historia debía escribirse desde abajo y debía reflejar la diversidad y la subalternidad. La Historia debía servir, además, como arma para denunciar las desigualdades y para luchar por la libertad (historia denuncia-compromiso) (Baets, 2015, pp. 31-43; Moreno Friginals, 1983).

De los grandes meta-relatos del pasado se pasó a la construcción de historias más reducidas en el espacio, el tema de estudio y el tiempo (Bell, 2002). Se ganó en concreción, en profundidad, en calidad de fuentes, en metodologías, en información, pero se perdió en bastantes ocasiones el sentido de la larga duración y la visión de conjunto. Se esperaba que, pasado el tiempo, todas las nuevas pequeñas historias permitirían armar una historia más compleja, rica y variada de la humanidad. Por lo general, las diferentes especializaciones de la historia que fueron surgiendo siguieron estando montadas sobre la aceptación lineal del tiempo y sobre la idea de que se caminaba de un pasado más atrasado a un futuro de progreso.

Paralelamente, los nuevos historiadores se dedicaron a revisar las historias nacionales escritas durante el siglo XIX. Se descubrieron, ordenaron y catalogaron nuevos acervos, se construyeron potentes bases de datos, Internet permitió la consulta en línea de miles de documentos, se realizaron miles de tesis doctorales cubriendo todos los temas imaginables, aparecieron nuevas revistas especializadas, se realizaron Congresos y Simposia nacionales e internacionales para cruzar y comparar los resultados de las investigaciones, y se publicaron miles de monografías. Al mismo tiempo, los historiadores impartían conferencias públicas. Su compromiso social seguía vigente. Cualquier historiador profesional de cualquier universidad que tuviera una buena biblioteca o acceso a las nuevas bases de datos (libros, documentos, tesis, artículos, fotos, mapas, documentales, etc.) disponía de una cantidad casi ilimitada de información para hacer su trabajo (Phillips, 2016, pp. 523-524).

Como resultado de todo este quehacer, y contando con abundantes fondos públicos y privados, se publicaron nuevas historias nacionales revisadas. Todas ellas tenían multitud de citas a pie de página, apéndices documentales, estadísticas, gráficos, fotos, dibujos y todo tipo de documentos probatorios de las afirmaciones que se hacían en sus páginas. Todas estas historias partían de hipótesis bien planeadas, consultaban los documentos correctos, aplicaban las metodologías adecuadas y estaban escritas con pulcritud. Eran narraciones que cumplían con todos los mandamientos de la historia científica. Muy pocas de estas historias fueron escritas por un solo historiador/a, la mayoría pasaron a ser obras colectivas escritas por especialistas en cada materia y coordinadas por los historiadores más prestigiosos y reconocidos de cada país. Casi todas alcanzaron niveles elevados de calidad, pero

las ediciones dejaron de tener la grandiosidad, elegancia y vistosidad de las ediciones del siglo XIX. Fueron obras editadas en formatos menores utilizando papel de menos gramos para reducir costos de producción. Solo algunas ediciones patrocinadas por entidades públicas, avaladas por las academias de historia respectivas, o financiadas por empresas, fundaciones o bancos, tuvieron la posibilidad de ofrecer ediciones con el lujo y la presentación del siglo XIX.

Estas historias nacionales tuvieron muchos aciertos, pero por lo general siguieran teniendo un enfoque occidentalista. Aplicaron los esquemas analíticos interpretativos de la historia occidental basados en una evolución lineal (Antigua, Media, Moderna, Contemporánea) al estudio de los pasados de regiones con tradiciones culturales milenarias de Asia (China, Japón, India, Vietnam, Tailandia, Corea, Filipinas, o Indonesia), Oriente Medio (Irán, Irak, Pakistán, Siria), las estepas rusas (Rusia, Kazajistán, Mongolia, Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán), el mundo árabo-islámico de la península arábiga (Arabia Saudita, Omán, Yemen), y el continente africano (Egipto, Sudán, Congo, Mali, Nigeria, Angola, Zambia, Libia, etc.).

Las historias nacionales más prestigiosas siguieron estando escritas en inglés. Las historias por países y regiones publicadas por las editoriales de las Universidades de Cambridge y Oxford se convirtieron en la lectura de referencia de calidad en todas las universidades del mundo. Muchas de ellas se tradujeron a las lenguas de las regiones objeto de estudio. Recientemente, han comenzado a editarse obras de historia realizadas por historiadores de los países respectivos en sus propias lenguas, pero por desgracia los historiadores occidentales no podemos consultarlas en nuestras bibliotecas (no se suelen adquirir), ni muchos de nosotros las podemos leer por desconocimiento idiomático. Una herencia más del fuerte occidentalismo que sufrimos. Los historiadores de los países no occidentales leen inglés, pero nosotros no leemos sus lenguas. Indudablemente, ellos están mejor preparados que nosotros para dar el salto a las visiones del mundo plurales (e.g. Fage, Oliver, and Gray, 1978; Osborne, 1983; Bolton et al., 1986; Rapson et al., 1987; Hourani, 1991; Bethell, 1997; Kearney, 2004; Hsü, 2006; Twitchett and Fairbank, 2008; Tarling, 2008; Perrie, Lieven, and Suny, 2008; Ricklefs, 2008; Choueiri, 2011; Bashford and Macintyre, 2015; Embree and Gluck, 2015; Holcombe, 2017; Murphey and Stapleton, 2019).

El número de universidades creció de forma exponencial durante esta etapa. Unas fueron la respuesta inmediata para cubrir la nueva demanda generada por la incorporación de los miles de nuevos estudiantes procedentes de las nuevas capas medias urbanas. Otras universidades fueron diseñadas para servir de motor de desarrollo de regiones alejadas o deprimidas, o para recuperar enclaves históricos que habían quedado fuera de la ruta del progreso. Los procesos de descentralización política dieron a su vez como resultado la creación de nuevas universidades en regiones, provincias o autonomías políticas que no disponían de centros universitarios y que reclamaban la formación de identidades diferenciadoras propias (Moreno y Pérez Herrero, 2018).

La oferta de estudios de Historia se elevó al mismo tiempo que se multiplicaron sus variantes. Cada universidad o departamento comenzó a ofrecer una modalidad específica de estudios. Un plantel de profesorado joven con la ilusión de ayudar a mejorar el mundo y de ascender profesionalmente y un estudiantado que vivía en un ambiente de crecimiento económico y de paz en el que se comenzaba a poder opinar en libertad, al haber ido desapareciendo las dictaduras (salvo en algunos países), fueron la combinación perfecta para que prosperaran los estudios de Historia. Además de leer libros, el ciudadano de las grandes ciudades podía ojear artículos de historia en los periódicos, y acudir a clases, conferencias, seminarios, cursos, exposiciones y debates. Había tiempo, oferta y demanda para casi todo. La existencia

de becas para ayudar a los estudiantes de menos ingresos y un extenso financiamiento público permitió la multiplicación de estas nuevas universidades y sus actividades. Las universidades privadas en aquel entonces eran todavía reducidas y se concentraron esencialmente en la formación especializada (tecnología). La Historia se profesionalizó, se hizo más «científica», se especializó, y con ello perdió parte de la visión generalista de los meta-relatos del pasado. Pero mantuvo su conexión con la construcción de identidades colectivas (más fuerte en las nuevas universidades regionales) y siguió recibiendo el aliento del espíritu crítico de la década de 1960. Los departamentos de historia de las universidades seguían siendo centros de debate donde se generaban ideas. Mantenían una conexión con las inquietudes de la sociedad. La Historia seguía viva (Goody, 2021).

4. Posmodernidad, crisis de la década de 1980, políticas de recortes de la década de 1990 y crisis de 2008.

La década de 1980 vino acompañada de dos procesos diferentes. Por un lado, surgió una profunda renovación en los planteamientos teóricos en las ciencias sociales y las humanidades, y por otro se produjo una transformación en el oficio del historiador como consecuencia de la crisis económica de 1980, la aplicación de las políticas neoliberales de recortes económicos durante la década de 1990 y la crisis financiera internacional de 2008. Los enfoques de la posmodernidad, postcolonialidad, subalternidad y el giro lingüístico revisaron conceptual y metodológicamente los estudios de Historia. Las historias nacionales escritas a mediados del siglo XX fueron revisadas desde finales de la década de 1970 poniendo en evidencia sus orientaciones eurocéntricas. Algunos profesores y muchos estudiantes de historia de diferentes países (mayoritariamente de países colonizados) reclamaron la necesidad de desoccidentalizar y descolonizar la Historia. Denunciaban los atropellos conceptuales que Occidente había impuesto en todos los rincones del mundo, imponiendo su verdad interpretativa, construida sobre los conceptos de la modernidad y el progreso. En consecuencia, se reclamó la necesidad de escribir nuevas versiones narrativas montadas con nuevos conceptos para superar las visiones imperialistas o paternalistas. Se pidió construir relatos del pasado plurales con distintos ángulos y miradas. El sociólogo israelí Shmuel N. Eisenstadt acuñó el término de «modernidades múltiples» para subrayar la necesidad de entender el mundo desde distintos prismas. Se denunció que no se podían seguir aceptando las historias que se habían construido con un sesgo machista tan fuerte. Paralelamente, se analizó el lenguaje por considerar que, al ser parte de la cultura, reflejaba su forma de entender el mundo. El denominado «giro lingüístico», entendido como un haz de propuestas teórico-metodológicas centradas en el análisis de los vocabularios sociales y de las subjetividades que subyacían a los mismos, se expandió con potencia (Bentley, 1997; Tosh, 2015; Hunt, 2019).

Estas críticas se agudizaron con la crisis de 2008. En un mundo que parecía haber perdido el futuro, que reconocía que las nuevas generaciones no vivirían mejor que la de sus predecesores, el mito de la modernidad y el progreso comenzó a ponerse en entredicho, por lo que las narrativas históricas existentes dejaron de tener el sentido y la potencia explicativa del pasado. Como consecuencia, las historias manejadas hasta entonces en sus diferentes modalidades comenzaron a ser reexaminadas de nuevo para analizar el grado de subjetividad que contenían. Los textos fueron deconstruidos para ver la carga emocional, ideológica y cultural que contenían, realizándose un ejercicio profundo de resemantización. Si durante buena parte del siglo XX los historiadores se formaron para distinguir entre los hechos y las interpretaciones, subrayando que el buen historiador era el que era capaz de desideologizar al máximo sus análisis, ahora comenzó a defenderse precisamente lo contrario. Lo importante no eran los hechos, «lo que pasó realmente», como dijeron

los positivistas de finales del siglo XIX, sino los mitos con los que se narraron. Lo medular ya no eran los documentos utilizados, sino el discurso. Los ideales volvieron a ocupar un lugar central desplazando a la «objetividad científica».

La tensión entre las versiones historiográficas británicas *whig* y *tories*, conservadoras y progresistas, de izquierda y derecha, liberales y marxistas, dejaron de tener la potencia explicativa del pasado, al superarse el enfrentamiento bipolar reduccionista entre dos visiones antagónicas. En un mundo en el que los trabajadores formales iban disminuyendo y en el que los derechos sociales se iban reduciendo, las esperanzas que las versiones marxistas habían cosechado entre los grupos sociales más desfavorecido se fueron diluyendo (Traverso, 2018). Los sindicatos obreros más progresistas del pasado comenzaron a ser vistos por los millones de trabajadores informales como clubes de obreros conservadores que defendían sus privilegios sin querer mirar lo que sucedía fuera de sus cada día más estrechas fronteras. Al mismo tiempo, en un espacio globalizado en el que un puñado de grandes multinacionales comenzaron a gobernar el mundo, los antiguos grupos de poder nacionales, compuestos por las familias que habían controlado gran parte de los medios de producción en sus respectivos países, descubrieron que les habían cambiado el tablero de juego y que el Estado había dejado de ser lo que era, por lo que comenzaron a reclamar precisamente más Estado en tiempos de un aumento del mercado. Sin saberlo, comenzaron a pedir lo que la izquierda llevaba casi dos siglos exigiendo. El mundo al revés. Los obreros luchaban por conservar sus privilegios a través de la conservación de estructuras corporativas, y los empresarios se aferraban ahora a la democracia para tratar de recuperar, por medios no siempre transparentes, lo que habían comenzado a perder en un mundo global más competitivo que ya no dominaban.

Los recortes en los presupuestos universitarios como resultado de la crisis económica de la década de 1980 supusieron una contracción en los estudios de historia. Las becas para los estudiantes se redujeron, los fondos para la investigación se recortaron, las posibilidades para acudir a congresos internacionales disminuyeron, y el número de publicaciones se tuvo que ajustar al dinero disponible. En aquellos se pensó que se trataba de una crisis coyuntural y que tras unos años de penuria se regresaría a los tiempos de opulencia del pasado donde todo parecía posible.

La llegada primero de las políticas neoliberales en la década de 1990, y posteriormente la crisis financiera internacional de 2008, pusieron de relieve que se trataba de un problema estructural de largo plazo. El oficio de los historiadores comenzó a cambiar radicalmente. Los departamentos universitarios de historia no solo no disponían de recursos suficientes como resultado de los recortes en el gasto público en educación, sino que se comprobó que su profesorado estaba envejecido al no haberse renovado los cuadros docentes con sabiduría nueva. A todo ello se añadió que el número de estudiantes que demandaban estudiar historia comenzó a reducirse. La pirámide poblacional había comenzado a invertirse al reducirse el número de nacimientos, y la oferta universitaria de estudios de historia, que se había ampliado mucho en la época precedente, no se ajustó de nuevo como debería haberlo hecho, por lo que los departamentos de historia tuvieron que competir entre ellos para captar el número suficiente de estudiantes para poder subsistir (algunos optaron por fusionarse con otros departamentos). Y, por si fuera poco, las tasas universitarias subieron al desdoblarse los antiguos estudios de licenciatura en estudios de grado y posgrado. Una vez más, no se quiso comprender lo que estaba sucediendo y se interpretó que todos aquellos problemas se solucionarían con la llegada de una nueva fase de crecimiento y con un cambio en las políticas presupuestarias. Solo había que esperar la llegada de nuevos tiempos.

Los recortes presupuestarios se tradujeron en la incorporación de nuevas formas de selección del profesorado y con ello se dio una vuelta de tuerca más en la transformación del oficio de los historiadores. Fue entonces cuando las Agencias Nacionales de Evaluación de la Calidad Académica y los Sistemas Nacionales de Investigación comenzaron a pedir que los profesores e investigadores universitarios, para demostrar sus habilidades y competencias, publicaran los resultados de sus trabajos preferentemente en inglés en revistas extranjeras de reconocido prestigio internacional. Se explicó entonces que la medida tenía como finalidad dismantelar las clientelas locales endogámicas y que por ellos se había tomado la decisión de disminuir los puntos que se asignaban en los *rankings* a los textos publicados en las revistas «de casa», controladas por los grupos de poder tradicionales.

Estos cambios tuvieron consecuencias inmediatas. Los historiadores jóvenes volcaron su tiempo y esfuerzos en tratar de publicar en inglés sus contribuciones, y para ello se acomodaron a los requisitos que exigían las revistas y editoriales de las universidades más prestigiosas del mundo anglosajón de acuerdo a un baremo internacional confeccionado por aquellas universidades. Un primer efecto de este cambio fue que estos historiadores no diseñaron sus investigaciones para dar solución a las inquietudes personales de las sociedades donde vivían, sino que realizaron las mismas en función de la demanda de las líneas de investigación impuestas por las revistas de prestigio en las que debían publicar. De este modo, las universidades más prestigiosas anglosajonas comenzaron a recibir cientos de propuestas para ser publicadas en sus revistas, pudiendo seleccionar las mejores contribuciones de toda una rica oferta procedente de los lugares más variados del planeta. Las universidades de prestigio ampliaron así su internacionalización y construyeron potentes redes a un coste cero, a la vez que imponían los temas sobre los que la comunidad internacional de investigadores debía trabajar. Como es de suponer, estos temas coincidían con la temática de los proyectos de investigación de los investigadores veteranos de las universidades de prestigio. Fue un esquema de negocio milimétricamente diseñado para que la mayor parte de los historiadores de las universidades del mundo acabaran trabajando para las universidades de prestigio anglosajonas mejor dotadas.

Esta historia de los investigadores universitarios de las últimas décadas es bien conocida. Lo importante ahora es subrayar que este proceso acabó teniendo consecuencias graves para el oficio. Cuando los historiadores se dedicaron mayoritariamente a escribir para las revistas especializadas extranjeras, dejaron de cultivar su labor docente y de divulgación por considerar que eran actividades prescindibles, ya que los nuevos baremos de promoción identificaban estas labores no solo como secundarias, sino incluso eran consideradas como un trabajo que desprestigiaba a aquellos que las cultivaban. Comenzó a no interesar invertir tiempo en formar escuela, crear programas de docencia, impulsar tesis doctorales, diseñar congresos internacionales, programar seminarios de discusión para escuchar y aprender. La vida académica se redujo a dar las mínimas clases posibles para que quedara tiempo para publicar en las revistas extranjeras especializadas.

Estos comportamientos generaron dos males esenciales que afectan de forma dañina y peligrosa al oficio de los historiadores en la actualidad. Por un lado, se rompió con el nexo del historiador con la sociedad. Al hacerlo, perdió el prestigio social que tuvo en su momento, cuando era considerado un ciudadano que tenía algo que decir. Salvo excepciones, los historiadores comenzaron a no ofrecer conferencias para explicar temas de interés, ni fueron consultados por los políticos de turno para tomar decisiones trascendentales para el país. Ahora fueron los asesores y los tertulianos los grandes influyentes, quienes se dedicaron a recopilar las últimas noticias en los periódicos y a hacer resúmenes de coyuntura. Arribaron los profesionales de

Wikipedia que no tenían ni la formación adecuada ni la perspectiva de largo plazo de los historiadores (Phillips, 2016, pp. 523-543; Pomares Cintas y Álvarez García 2020, pp. 184–213).

Por otro lado, los historiadores comenzaron a investigar y escribir sobre temas altamente especializados que interesaban a grupos de investigación concretos lejanos de los países donde vivían dichos historiadores. Su trabajo, de una alta calidad científica, era leído solo por un puñado de investigadores especializados. El nuevo profesional de la historia escribía a demanda con la misión de enriquecer su currículum y mejorar sus condiciones laborales y salariales. Todo muy digno y saludable, pero hay que recordar al hacerlo se desligaron de una parte del oficio del historiador. Se convirtieron en científicos que no tenían tiempo de conversar con colegas y mucho menos hablar en público, o publicar sus avances en revistas de divulgación. Tenían que escribir en inglés en un idiolecto altamente especializado y viajar al extranjero para realizar estancias de investigación en universidades anglófonas lejanas. Pocos de los ciudadanos de a pie comprendían sus textos y entendían sus palabras, pero a estos nuevos historiadores no les preocupaba. No escribían para ellos, se habían desenganchado de la sociedad. Vivían en sus despachos y hablaban con su ordenador. Se convirtieron en historiadores virtuales. Buscaban a toda costa que le dieran premios al mejor artículo (con un número de palabras y caracteres prefijado) para tener más puntos para promocionarse en sus universidades. Ahora presumían de ser técnicos especialistas de reconocido prestigio internacional, pero no se dieron cuenta de que al mismo tiempo comenzaron a ser menos respetados por los estudiantes (ya que daba sus clases sin emoción, ni pasión), por el público (eran unos desconocidos), los políticos (no les interesaba lo que escribían), los empresarios y banqueros (estaban preocupados por otros temas), o los encargados de las relaciones exteriores tanto en organismos públicos como privados (la globalización puso encima de la mesa nuevos temas). La Historia se «privatizó», al convertirse en un bien para uso privado de los autores. Los beneficios personales se impusieron sobre los sociales.

No se debatió entonces, bien porque no se quiso o no se pudo, que uno de los problemas de la disciplina de la historia era que había perdido la fuerza de reflexión y la relevancia pública del pasado al haberse desconectado de las preocupaciones de la sociedad. La solución que se dio en algunas universidades fue ofertar estudios de historia combinados con otras disciplinas (comunicación e historia, economía e historia, relaciones internacionales e historia, política e historia). Los resultados en el corto plazo fueron buenos para aquellos departamentos que tomaron la delantera, pero no tenemos todavía datos para valorar si los efectos positivos se mantendrán en el largo plazo cuando el resto de los departamentos hagan lo mismo siguiendo el ejemplo de aquellos.

5. Reflexiones finales

Durante la primera mitad del siglo XX los historiadores, además de ofrecer sus clases en institutos y universidades, y publicar sus libros en editoriales de prestigio alcanzando un elevado número de ediciones y ventas, escribían en la prensa, daban conferencias, y participaban en debates públicos en radio y televisión según fuera el caso y el momento. Muchos historiadores eran al mismo tiempo políticos, diplomáticos, oradores, escritores, o periodistas. La historia era un quehacer más de sus actividades. Los argumentos esgrimidos por los historiadores se escuchaban con atención y se tenían en cuenta sus opiniones para la toma de decisiones políticas, empresariales, diplomáticas. El conocimiento del pasado no era algo arcano que preocupara a unos pocos metidos en sus despachos, sino que era motivo de reflexiones y discusiones en el conjunto de la población. Las Historias Universales y

las Historias Nacionales publicadas a todo lujo, repletas de imágenes a color, eran exhibidas por las «familias de bien» en los estantes de sus salones como un indicador de su interés sobre el pasado glorioso de su país del que se sentían orgullosos. No había necesariamente que leer todos aquellos volúmenes. Se mostraban como símbolo de una historia propia, de un pasado que dotaba de una identidad, al igual que lo podía hacer las fotos de sus familiares. Las luchas del pasado daban legitimidad y sentido al presente. Eran una historia de hombres, patriarcal. Cuanto más turbulento y complicado fuera el pasado mejor, pues ello demostraba que no se había llegado al presente de forma casual, sino a través de la lucha de todos los integrantes de la colectividad nacional o civilizatoria. Los relatos historiográficos mostraban cómo se había ido evolucionando de sociedades simples a sociedades complejas, cómo se había ido mejorando los niveles de vida y cómo se había logrado alcanzado el orden político (cada uno mostraba el suyo). La Historia era un relato de triunfo y a la vez de recordatorio para poner de relieve que los caminos hacia el progreso se podían torcer en cualquier momento si no se seguía la senda marcada. La Historia era maestra de la vida y dotaba de una identidad común a todos los ciudadanos. Formaba y cohesionaba.

Los historiadores se convirtieron en los encargados de imaginar y narrar la memoria de la Nación. Tenían que escribir bien, conectar con el público, dar conferencias, ser buenos oradores. Su trabajo consistía en alimentar las identidades nacionales. Con la profesionalización del oficio, los historiadores combinaron la investigación, la escritura y la docencia en sus universidades, con la impartición de conferencias, y la publicación de artículos de prensa para el gran público. Hablaban en las televisiones y las radios. Eran profesionales con una alta consideración que transmitían los resultados de sus investigaciones. Eran científicos, pero seguían conectados con la sociedad. Seguían siendo historiadores, creando, consolidando o fomentando imaginarios colectivos e identidades. Seguían trabajando con rigurosidad académica, pero manteniendo un compromiso social.

La Historia era un conocimiento vivo conectado con la sociedad. Una gran mayoría de los ciudadanos tenían una fe ciega en el proyecto que la modernidad y el progreso les ofrecían. La mayoría de las personas de bajos recursos y las clases medias estaban convencidos de que, por medio de su trabajo, su esfuerzo personal, y aprovechando la inversión realizada en su educación, mejorarían sus condiciones de vida y ascenderían socialmente. Su proyecto de vida se centraba en tener un hogar donde vivir (mejor en propiedad que en alquiler), alcanzar un trabajo digno con un contrato de por vida, formar una familia, educar a sus hijos, adquirir un coche, disfrutar de los domingos y festivos para descansar, disponer de unas pequeñas vacaciones para regresar a sus pueblos de origen a ver a sus familiares y reconectar con sus orígenes, y sobre todo tener paz y tranquilidad. Las élites se sentían cómodas en «su país», pues se les permitía presentarse como los ciudadanos probos que habían alcanzado el éxito con su esfuerzo pudiendo en consecuencia gozar de ciertos privilegios. El país era el paraguas bajo el cual se cobijaban los diferentes grupos sociales, económicos y políticos. Había disensos, pero todos coincidían en ser parte de ese país. Unos y otros compartían las esperanzas de que con su esfuerzo lograrían mejorar sus vidas y legar a sus hijos un mundo mejor. El Estado-Nación ofrecía esperanza y tranquilidad. El orgullo de pertenecer todos a una misma patria cuya historia se perdía en la noche de los tiempos hacía vibrar a todos los ciudadanos. Se cumplía con el servicio militar sin rechistar, pues había que defender el país de cualquier agresión externa, y las familias de menos ingresos tenían los hijos que fuere necesario con el esfuerzo que ello conllevaba pues se entendía que era la aportación que debían hacer para el beneficio de todos. El país ofrecía futuro a sus habitantes y la historia les ofrecía una seña de identidad mostrándoles que todos pertenecían a la

misma familia. Economía, política, nación y patria se interrelacionaban sin estridencias.

El país era visto como un tren compuesto por vagones de diferente clase en el que se iban acomodando las distintas personas y al que subían distintos pasajeros en las distintas estaciones. Unos y otros viajeros se mezclaban y pasaban de unos vagones a otros. Todos congeniaban y se sentían compatriotas. El tren, conducido por maquinistas expertos, había iniciado su viaje en un lugar remoto y transitaba por espacios peligrosos, cruzaba puentes y daba mil vueltas, pero siempre mantenía el rumbo hacia la estación de término llamada «modernidad y progreso». Un futuro y un pasado compartidos hacían que todos los viajeros fueran por la misma vía y se acoplaran cada uno como podía a las inclemencias del trayecto. La voz de los historiadores narrando la ruta del viaje se escuchaba a través de los altavoces colocados en todos los vagones. Se entendía que los historiadores contaban fielmente la verdad de lo que había ocurrido. Eran los guardianes del pasado. Por ello recibían la consideración de ciudadanos honorables. Los estudiantes que acudían a las aulas de las universidades para estudiar Historia sabían a qué se deberían ocupar cuando se graduaran, cómo deberían hacerlo y sobre todo eran conscientes de la importancia de la profesión en la que habían decidido formarse. Eran aprendices de la verdad, para ser posteriormente transmisores de la misma.

En 2021 las sociedades se han transformado y el mundo se ha reconfigurado y, como consecuencia, la actividad y el papel de los historiadores ha cambiado. Se han alcanzado reformas notables positivas, como haberse logrado vencer el acendrado machismo de la profesión de los historiadores. Hoy día hay mujeres en las presidencias de las Academias nacionales de la Historia, en las posiciones de poder de las universidades, en las cátedras, y al frente de las más importantes editoriales o medios de comunicación. El número de estudiantes de género femenino matriculadas en los grados de Historia ha aumentado, superando incluso en muchos casos al de estudiantes varones. Pero también existen otras novedades no tan positivas. La actividad de los profesionales de la Historia ha sufrido una modificación profunda. Los historiadores dan sus clases en las universidades, publican sus libros y artículos y dan sus conferencias, pero lo hacen de forma distinta a como lo hicieron sus «maestros» durante la primera mitad del siglo XX. La profesión ha mutado. Los contenidos y la forma de transmisión de los conocimientos han variado. Las clases de los docentes tienen como misión primordial formar especialistas que sepan manejar técnicas sofisticadas y metodologías avanzadas. Las conferencias que ofrecen las dan a un público reducido, por lo general en Congresos, Simposios, o reuniones nacionales e internacionales. En las reuniones internacionales se suele hablar en inglés, aunque una gran mayoría lo haga mal. Se prefiere publicar artículos cortos en inglés en revistas extranjeras de excelencia dotadas de los más altos indicadores de calidad. Los temas sobre los que se trabaja son muy precisos y técnicos. Los historiadores hablan y escriben arropados con un lenguaje especializado. En su mayoría asumen que se han convertido en científicos. Se ha puesto una bata blanca figurada y han perdido la conexión con la sociedad en la que viven. Hablan entre ellos, se leen entre ellos, se comentan entre ellos, se aman y odian entre ellos, y se aplauden o desautorizan entre ellos. Han construido un micro-mundo reducido y aislado. La mayoría de los ciudadanos no sabe que existen. Habitan en sus despachos, se conectan entre ellos a través de sus computadoras y las redes sociales a lo largo y ancho del mundo. Los periodistas han ocupado su puesto en las tertulias, los novelistas han escrito novelas históricas, y los guionistas de cine han confeccionado los relatos de las películas de tema histórico. La sociedad ha seguido demandando consumir historia, pero no la historia que narran los historiadores científicos de bata blanca.

La mercantilización, la metrificaci3n y la introducci3n de los 3ndices de impacto como evaluadores de la calidad han fomentado el hermetismo en los lenguajes y medios de expresi3n empleados y han privilegiado la productividad medida en cantidad. La falta de confianza en los relatos de los historiadores debe relacionarse por tanto no en c3mo est3n contruidos, sino en a qu3 colectivos est3n dirigidos. No es un problema de objetividad, de si narran la «verdad» utilizando un m3todo cient3fico de conocimiento como defend3an los positivistas a finales del siglo XIX, o de si alimentan la posverdad (como se denomina ahora la mentira), sino de para qu3 y para qui3n trabajan los historiadores.

Las sociedades plurales del siglo XXI, con una alta y continua movilidad espacial y con acceso a una comunicaci3n cada d3a m3s r3pida, han comenzado a ver las historias universales, mundiales, nacionales y regionales-locales como relatos demasiado planos que no les permiten acomodar f3cilmente sus identidades en continuo movimiento y cambio. Ahora una masa creciente de migrantes se mueve de forma continua por el mundo, por lo que no llegan en muchos casos a modificar sus valores culturales m3s profundos. Se adaptan a los usos y costumbres imprescindibles de los pa3ses de llegada para subsistir, pero se unen al mismo tiempo en grupos y barrios para tratar de mantener sus tradiciones culturales e identidades alternativas. Los hijos de millones de inmigrantes nacidos ya en los lugares de llegada de sus padres, por lo que muchos de ellos han adquirido una nueva nacionalidad, no se insertan correctamente en sus sociedades, por lo que acaban rechazando los valores culturales de los pa3ses donde han nacido y comienzan a ver como salida a su situaci3n de marginalidad la recuperaci3n de las culturas de las sociedades de origen de sus padres.

A comienzos del siglo XXI se ha generado un panorama complejo en el que conviven diferentes grupos socioculturales con identidades diferentes, mutantes, dentro de los Estados. Como resultado, se est3n dando enfrentamientos violentos entre aquellos grupos sociales que quieren preservar su situaci3n y los que reclaman incorporarse a los mismos, pero sin ser obligados a desprenderse de sus tradiciones culturales. La xenofobia, el racismo, el supremacismo, la intolerancia y la violencia est3n rebrotando. Parece evidente, por tanto, que para tratar de generar un nuevo elemento cohesionador de estas sociedades plurales hay que utilizar un nuevo pegamento, una nueva narrativa. Las historias nacionales han dejado de tener la fuerza cohesiva del pasado y se han transformado en un problema al fomentar el enfrentamiento entre contrarios.

Las sociedades del siglo XXI necesitan nuevos relatos historiogr3ficos. Requieren de una nueva narrativa que no se base en la homogenizaci3n cultural a trav3s de un relato nacional 3nico, sino que se asiente precisamente en una narrativa que permita subrayar las diferencias y que 3stas no se muestren como un inconveniente en la construcci3n de las identidades plurales m3viles. Los relatos del pasado deben funcionar como una llave que permita la construcci3n de estas identidades plurales m3viles en el marco de la globalidad.

La historia no est3 en crisis como disciplina, lo que est3 en crisis es una forma espec3fica de narrar el pasado. El pretendido giro hacia una historiograf3a cient3fica ha hecho que la historia se aleje de sus compromisos sociales y pol3ticos con los que naci3 en el siglo XIX. La soluci3n no es recuperar las historias nacionales, sino imaginar nuevos relatos que den soluci3n a las demandas plurales de las sociedades que viven en la globalidad. La Historia debe cambiar de temas de estudio y variar sus enfoques. Las historias que se aprenden en las escuelas y las historias cient3ficas realizadas por los expertos profesionales se muestran ante los millones de ciudadanos de a pie que se mueven por el mundo como narraciones poco

comprensibles por haber quedado alejadas de sus preguntas e inquietudes (Bennett, 1998; Levitt and Waters, 2002; Featherstone, Lash, and Robertson, 2002; Hitchcock, 2003; Omansky, 2011; García Fernández, 2019).

Son muchos los problemas con los que se enfrenta el estudio de la Historia en las universidades de Occidente a comienzos de la década de 2020, pero el de mayor calado sin duda no es la falta de presupuestos o el debatir sobre si una u otra metodología es más adecuada que la otra, sino la necesidad de repensar el oficio del historiador en función de las exigencias del mundo en el que vivimos. No se puede seguir esquivando el conflicto con la aplicación de parches, ni se debe seguir culpando a los estudiantes de no tener vocación para convertirse en historiadores. El problema es que la historia que se suele seguir ofertando ha dejado de tener la dimensión social y política que tuvo en el pasado. Se ha alejado de las metas sociológicas con las que nació y se ha ido desvinculando lentamente de la sociedad al presentarse como un conocimiento científico (Moreno y Pérez Herrero, 2018; Tosh, 2008, pp. 142-143).

No es acertado pensar que la historia tradicional basada en la narración sea una práctica inadecuada. La historia siempre es y ha sido un relato. El problema no es si las narraciones se hacen de arriba a abajo (para contar las dinámicas de los grupos de poder), o de abajo a arriba (para rescatar las vidas de los cientos de millones de individuos que han quedado en el anonimato). No se trata tampoco de evaluar si la historia económica es preferible a la política, la social, de las mentalidades, de las religiones. No es suficiente con descolonizar, desoccidentalizar la historia, desmontar los grandes meta-relatos construidos por los historiadores del pasado como reclamó insistentemente la posmodernidad, aludiendo a que no reflejan la realidad por estar contaminados por conceptos, términos y variables culturales. Es necesario construir nuevas narraciones. Una historia bien contada de un solo individuo puede reflejar la complejidad del mundo en el que vive, y una historia macro puede dar pistas para entender el comportamiento de un ser humano en el contexto de un espacio y un tiempo precisos. Lo que hay que aclarar es qué historia se quiere contar y para qué fin pretende hacerse. No es un problema de cómo está escrita, sino de para qué y para quiénes está narrada.

La Historia en mayúscula de la Modernidad y el progreso que conocemos es una invención de Occidente. Ha llegado el momento de despertar del sueño hegeliano y kantiano. Si no lo hacemos, los historiadores nos convertiremos en seres del pasado que serán mostrados en las vitrinas de los museos para solaz de los visitantes. La historia debe volver a conectarse con la sociedad, debe recuperar vida, pasión, sin dejar de ser rigurosa. La historia debe potenciar mentes abiertas de ciudadanos críticos libres que viven en un mundo abierto, en vez de ser un instrumento para alimentar fieles de una parroquia de barrio. No puede seguir siendo el catecismo para formas patriotas. Prueba de que la historia importa es la existencia de tantos defensores de que las historias nacionales no cambien, de que siga manipulada por unos pocos sabios, que, dotados de poderes especiales para interpretar qué es lo que pasó de verdad, nos digan cómo debemos comportarnos para alcanzar el porvenir que solos ellos conocen, y nos prevengan de los peligros si nos alejamos del camino diseñado por ellos. La Historia debe pasar de ser un elemento de dominación a un instrumento de libertad. La Historia ya no puede ser una narración única. Debe mostrar relatos plurales que ayuden a generar una mejor conexión intercultural en el mundo global en el que vivimos.

Bibliografía

- Andreu Miralles, X. A. (2020). Introducción al dossier. Nación y masculinidades en la España contemporánea. *Studia historica. Historia contemporánea*, 38, 5-15.
- Appiah, K. A. (2019). *Las Mentiras que nos unen: Repensar la identidad, creencias, país, color, clase, cultura*. Taurus.
- Baets, A. de. (2015). Democracia y escritura de la historia. *Historiografías: Revista de Historia y Teoría*, 9, 31-43.
- Bashford, A., & Macintyre, S. (2015). *The Cambridge history of Australia*. Cambridge University Press.
- Beasley, E. (2010). *The Victorian Reinvention of Race: New Racisms and the Problem of Grouping in the Human Sciences* (1ª ed.). Routledge.
- Bell, A. David. (2002). Total History and Microhistory: The French and Italian Paradigms. En L. Kramer y S. Maza, (Eds.), *A Companion to Western Historical Thought*. Blackwell Publishing.
- Bennett, D. (1998). *Multicultural States: Rethinking Difference and Identity*. Routledge.
- Bentley, M. (1997). *Companion to Historiography*. Routledge.
- Berger, S. (2007). The Power of National Pasts: Writing National History in Nineteenth- and Twentieth-Century Europe. En *Writing the Nation: A global perspective* (pp. 1-30). Palgrave MacMillan.
- Berger, S., & Lorenz, C. (2010). *Nationalizing the Past: Historians as Nation Builders in modern Europe*. Palgrave Macmillan.
- Bethell, L. (1997). *The Cambridge History of Latin America*. Cambridge Univ. Press.
- Black, J., & Macrauld, D. M. (2017). *Studying History*. Palgrave.
- Bolton, G., Macintyre, S., Kingston, B., & Kociumbas, J. (1986). *The Oxford History of Australia*. Oxford University Press.
- Bowden, B. (2017). *The Strange Persistence of Universal History in Political Thought*. Springer International Publishing. <http://public.ebib.com/choice/PublicFullRecord.aspx?p=4829892>
- Breuilly, J. (2013). *The Oxford Handbook of the History of Nationalism*. Oxford University Press.
- Busch, L. (2017). *Knowledge for Sale: The Neoliberal Takeover of Higher Education*. The MIT Press.
- Choueiri, Y. M. (2011). *A Companion to the History of the Middle East*. Blackwell Pub. <http://www.credoreference.com/book/bkchme>
- Collini, S. (1993). *Public Moralists: Political Thought and Intellectual Life in Britain, 1850-1930* (New Edition). Oxford University Press, USA.
- Collini, S. (2017). *Speaking of Universities*. Verso.
- Dalberg-Acton, J. E. E., Leathes, S. M., Ward William, A., & Prothero G. W. (1902-1910). *Cambridge Modern History*. Cambridge University Press.
- Den Boer, P. (2011). Historical Writing in France, 1800–1914. En S. Macintyre, J. Manguashca, & A. Pók (Eds.), *The Oxford History of Historical Writing*. Volume 4: 1800-1945 (Schneider, A., Woolf, D., Vol. 4, pp. 184–203). Oxford University Press.
- Elliott, J. H. (2014). *Haciendo historia*. Taurus.
- Embree, A. T., & Gluck, C. (2015). *Asia in Western and World History: A Guide for Teaching*. Routledge. <https://www.taylorfrancis.com/books/e/9781315706313>
- Fage, J. D., Oliver, R., & Gray, R. (1978). *The Cambridge History of Africa*. Cambridge University Press.
- Featherstone, M., Lash, S., & Robertson, R. (2002). *Global Modernities*. Sage.
- García Fernández, G. A. (2019). *Historia, educación y formación ciudadana, 1980-2017. Un estudio comparado en escuelas públicas de Alcalá de Henares (España) y Viña del Mar (Chile)* [Tesis Doctoral, Universidad de Alcalá]. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=248563>

- Gilman, N. (2007). *Mandarins of the Future: Modernization Theory in Cold War America*. Johns Hopkins University Press.
- González Manso, A. I. (2015). Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos. *Historiografías: revista de historia y teoría*, 10, 12-30.
- Goody, J. (2021). *El robo de la historia*. Akal. <https://elibro.net/ereader/elibrodemo/116101>
- Hartog, F. (2015). *Regimes of Historicity: Presentism and Experiences of Time*. Columbia University Press.
- Hitchcock, P. (2003). *Imaginary States. Studies in Cultural Transnationalism*. University of Illinois Press.
- Holcombe, C. (2017). *A History of East Asia: From the Origins of Civilization to the Twenty-first Century*. Cambridge University Press.
- Hourani, A. (1991). *A History of Arab Peoples*. The Balknap Press of Harvard University.
- Hsü, I. C. (2006). *The Rise of Modern China*. Oxford University Press.
- Hunt, L. (2019). *History: Why it Matters*. Polity.
- Kearney, M. (2004). *The Indian Ocean in World History*. Routledge. <https://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&scope=site&db=nlebk&db=nlabk&AN=106503>
- Levitt, P., & Waters, M. (2002). *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*. Russell Sage Foundation.
- Liebersohn, H. (2002). German Historical Writing from Ranke to Weber: The Primacy of Politics. En L. Kramer y S. Maza (Eds.), *A Companion to Western Historical Thought*. Blackwell Publishing.
- Melman, B. (2006). *The Culture of History: English Uses of the Past, 1800-1953*. Oxford University Press.
- Moreno, C. I., & Pérez Herrero, P. (Eds.). (2018). *¿Qué universidades necesita el siglo XXI?: Reflexiones a cien años de la reforma de Córdoba*. Marcial Pons.
- Moreno Fragnals, M. (1983). *La historia como arma: y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*. Crítica.
- Mosse, G. L. (2019). *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las Guerras Napoleónicas al Tercer Reich*. Marcial Pons Historia.
- Murphey, R., & Stapleton, K. (2019). *A History of Asia*. Routledge.
- Omansky, B. (2011). *Borderlands of Blindness*. Lynne Rienner Publishers.
- Osborne, M. (1983). *Southeast Asia: An Introductory History*. George Allen Unwin.
- Perrie, M., Lieven, D. C. B., & Suny, R. G. (2008). *The Cambridge History of Russia*. Cambridge University Press. <https://www.cambridge.org/core/series/cambridge-history-of-russia/3A1986470F824B4693DC1FCB409C6491>
- Phillips, M. G. (2016). Wikipedia and History: A Worthwhile Partnership in the Digital Era? *Rethinking History*, 20(4), 523-543. <https://doi.org/10.1080/13642529.2015.1091566>
- Rapson, E. J., Haig, W., Burn, R., & Dodwell, H. H. (1987). *The New Cambridge History of India*. S. Chand.
- Ricklefs, M. C. (2008). *A History of Modern Indonesia Since c. 1200*. Palgrave Macmillan.
- Rogge, J. (2011). *Cultural History in Europe: Institution, Themes, Perspectives*. Transcript.
- Rosen, F. (2019). From Jeremy Bentham's Radical Philosophy to J. S. Mill's Philosophic Radicalism. En G. Claeys & G. Stedman Jones (Eds.), *The Cambridge Companion to Nineteenth Century Thought* (pp. 257-294). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781107337541>
- Rosenstone, R. (2010). Buried in a footnote. *Rethinking History* 14, 1: 55-58. <https://doi.org/10.1080/13642520903515686>.

- Rosenstone, R. (2016). *Adventures of a Postmodern Historian: Living and Writing the Past*. Bloomsbury Academic, 2016.
- Rostow, W. W. (1960). *The Stages of Economic Growth*. Cambridge University Press.
- Schneider, A., y Woolf D. (2011). *The Oxford History of Historical Writing. Volume 5: 1945 to Present*. Oxford University Press.
- Siedentop, L. (2014). *Inventing the Individual: The Origins of Western Liberalism*. Harvard University Press.
- Tarling, N. (2008). *The Cambridge History of Southeast Asia*. Cambridge University Press.
- Tosh, J. (2008). *Why History Matters*. Palgrave Macmillan.
- Tosh, J. (2015). *The Pursuit of History*. Taylor and Francis. <http://www.mylibrary.com?id=729715>
- Traverso, E. (2018). *Melancolía de izquierda: Marxismo, historia, y memoria*. Fondo de Cultura Económica.
- Tucker, A. (2004). *Our Knowledge of the Past: A Philosophy of Historiography*. Cambridge University Press.
- Twitchett, D. C., & Fairbank, J. K. (2008). *The Cambridge History of China*. Cambridge University Press.
- Yack, B. (2012). *Nationalism and the Moral Psychology of Community*. University of Chicago Press.